

I

RAFAEL FIOL PAREDES



Rafael Fiol, sevillano de nacimiento, era militar de carrera. Tenía una estatura mayor de la normal y un peso menor del debido. Era muy trabajador y estaba enamorado de su profesión: doctor en Medicina. Durante sus estudios en la facultad, trató de vivir profesionalmente entre personas de la sanidad, especialmente con su tío carnal, Guillermo Paredes, que trabajaba en una de las municipales Casas de Socorro. Allí aprendió toda la práctica de la que adolecía la facultad.

Indudablemente, en la década de los años veinte, si una persona quería aprender de verdad un oficio, tenía que pasar por los grados de aprendiz y oficial. Todo a base de práctica y más práctica. Este fue el aprendizaje que el joven Fiol llevó paralelamente a sus estudios de Medicina.

Desde pequeño se distinguió por su gran responsabilidad. Aparentaba ser una persona bastante seria; pero, cuando se llegaba a entablar cierta amistad con él, cambiaba su aspecto grave y extremadamente formal por el de una persona afable y muy amigo de sus amigos. Era un buen profesional, muy comprometido y tra-

bajador. Su agilidad de movimiento y pensamiento fueron los motivos de su delgadez. Fueron muchas las comidas que ayunó sin proponérselo. Debido a su facilidad para concentrarse, cuando tenía un trabajo apasionante entre manos se olvidaba de comidas y cenas. Por esa razón, solía llevar siempre sus bolsillos repletos de frutos secos: almendras, cacahuetes, higos, nueces... Le encantaba, como si fuera un chiquillo, comer este tipo de “chucherías” a cualquier hora.

Alto, enjuto, de cabellos desordenados y de aspecto dejado...; parecía un higo paso. Dicen que era muy aseado, aunque tenía una, llamemos, manía, y era la de limpiarse el calzado con la punta de la colcha. En alguna ocasión, cuando llegaba a ser sorprendido, su rostro se sonrojaba como el de un adolescente.

Al atardecer de un día de verano, cuando “Lorenzo” venía calentando de lo lindo, acudió donde siempre, a una tiendita donde vendían de todo. Se venía tan abajo de paquetes que muchas veces esperaba encontrarse algún día al dueño enterrado cómicamente en comestibles. Allí compraba sus “chucherías”.

El salir de la tienda, tropezó con una joven de piel morena. Era delgada y alta, aunque no tanto como él, y de una belleza extraña, que le transmitió, según explicó después, serenidad.

—Es la mujer que esperaba encontrar algún día, pero no sabía cuándo —añadió sin titubeo, con una voz segura, tras saborear un sorbo de café con uno de sus mejores amigos de la infancia.

Volvió al día siguiente a la misma tiendita, que le pareció más repleta de enseres que nunca y a la vez vacía, muy vacía..., ya que ella no estaba allí. Se sintió algo desilusionado y decidió regresar sólo cuando lo demandaran sus bolsillos. Pensó que, igual que él no necesitaba comprar todos los días, a ella le ocurriría lo mismo. Soñó tanto con su rostro que la imagen de esa muchachita morena empezó a difuminarse lentamente en su pensamiento, perdiendo la nitidez del primer instante. Este sentimiento le hizo avivar más aquel recuerdo que con todas sus fuerzas quería rescatar del olvido, además de un fortísimo deseo de volver a verla.

Una noche metió la mano en el bolsillo y, como nunca antes le había sucedido, se alegró de encontrar poco que llevarse a la boca. Empezó a sentirse algo inquieto, pensando que mañana quizá fuese el día de reencontrarse con ella.

Al día siguiente, calculando la hora de su primer y fortuito encuentro, se presentó en la tienda. Bastó una rápida mirada por los escasos clientes para comprobar que ella no estaba. Decidió comprar aquel día menos de lo habitual y dejar algo para la tarde siguiente.

Durmió poco y mal. Cerraba los ojos y pensaba en ella. Tuvo un sueño intranquilo e intermitente. No fue un descanso para recordar, y se alegró, lejos de lo que habitualmente le venía ocurriendo, de que las primeras luces del amanecer, entrando por la ventana de su habitación, le sorprendieran. Ese día estuvo tan

ocupado que no sintió el peso que las horas tienen cuando deseas que algún acontecimiento llegue rápido, como, en este caso.

Llegó, observó, escudriñó y... nada. Sin embargo, cuando ya comenzaba a perder la esperanza de volver a verla, le pareció vislumbrar a lo lejos, al inicio de la calle, su silueta. En aquel instante, comenzó a sentir que tenía corazón. Este se puso en marcha al paso, al paso..., al trote, al trote..., y, cuando comprobó que era ella, galopó con toda su fuerza.

¡Cuántas veces recordaría, sonriendo, aquel momento en que él, como si ella pudiera desaparecer de nuevo, se acercó apresurado y, mirándola a los ojos, que nunca imaginó tan dulces y serenos, le dijo que llevaba mucho tiempo esperándola! ¡Y qué instante más bello y sorprendente, cuando ella, con una voz pausada y segura, le dijo que ella también venía en su búsqueda!

Así fue como Luisa llegó a ser su compañera, su amiga, la madre de sus hijos, la que compartió los momentos difíciles y felices de su vida.

Pocos meses después de contraer matrimonio con Luisa, se desataron los acontecimientos de agosto de 1932. Rafael Fiol se encontraba al mando del grupo de Sanidad Militar en Sevilla, como comandante médico. Fueron momentos muy difíciles. Como consecuencia de ellos, perdió su trabajo, por orden del Gobierno. Ocho meses después, fue destinado forzoso a la Clínica Militar de Palencia, en la que ejerció hasta salir convocada una plaza de similar categoría en Badajoz.

En la ciudad de Palencia estuvo casi dos años. Tiempo más que suficiente, dado su carácter afable y extrovertido, para llegar a rodearse de un grupo numeroso de amistades que, al enterarse de su nuevo destino, lo homenajearon... Entre sus amigos se encontraba Julián Cantos, profesor de Historia en el Instituto de Enseñanza Media, al que abordó una mañana para quedar a comer al día siguiente. Rafael tenía interés en obtener información variada sobre la provincia a la que había sido destinado, y Julián era, sin lugar a dudas, un experto sobre la problemática actual de España.

Quedaron en un pequeño restaurante, cerca del Instituto. Durante la comida, el tema fuerte de conversación fueron los “avatares” de sus respectivas profesiones; pero, después, Rafael empezó a bombardear a su amigo con numerosas preguntas sobre su próximo destino, Badajoz. Julián dio un bocado a uno de los pastelitos que endulzaban la sobremesa y, mientras se relamía la boca, empezó a contarle lo que sabía sobre el tema.

—La provincia a la que vas destinado es de las más conflictivas, en el aspecto social, que tiene España. Está plagada de caciques y hazte a la idea, Rafael, que vas a tener que luchar y depender de los políticos pues, como me has dicho, es una Clínica Cívico Militar, dependiente de la Diputación. Para evitar las perturbaciones y el estado de desasosiego que existe en España habría que comenzar por encarcelar a los patronos que se niegan a aceptar los laudos del Gobierno, así como a los terratenientes que hambread a los campesinos; y de este mal que te hablo, la provincia de Bada-

joz es una auténtica concedora. Las raíces de estos acontecimientos son múltiples. Podemos resumirlas en la ocupación de tierras, la grave situación económica, elevado paro, un alto clero receloso del anticlericalismo, salarios de hambre, desconfianza hacia el Gobierno, la intervención contrarrevolucionaria falangista, lucha campal entre anarcosindicalistas, ugetistas y comunistas...

Es, como te digo, una tierra abandonada para todo este tipo de problemas. Todos los males nacionales se viven en esta provincia de una forma más cruda, quizá por darse en ella una situación especialmente explosiva. Las tensiones sociales en el Bienio Radical-Cedista se debieron a que la derecha ignoró el fondo de las reclamaciones de unos sectores sociales que desde hacía tiempo venían esperando unas soluciones reparadoras que no acababan de llegar. Se tiene pensado aprobar una Ley de “reforma” sobre la Reforma Agraria, que me huelo va a ser “la reforma” que le apeetece a la oligarquía territorial. Esta ley ha encarado problemas fundamentales y ha tratado de resolverlos con imparcialidad y competencia técnica, pero su efectividad está siendo nula por la complejidad de sus soluciones.

Rafael Fiol se hallaba muy atento a todos los detalles que su amigo le iba narrando. Decidió pedir un segundo cafetito para ambos, porque, como le dijo a Julián en un breve descanso de aquella conversación, si algún día se llegase a emborrachar sería de café. Riéndose los dos, Julián añadió que él lo sería de pasteles...

—¿Es necesaria esa Reforma Agraria? —preguntó Rafael, mientras abría un azucarillo.

—Efectivamente, la reforma del agro, planteada por el ejecutivo para aliviar la precaria situación del campesinado, lejos de conseguir su objetivo solo está contribuyendo a acentuar los antagonismos en el seno de la sociedad de esa provincia. Su puesta en práctica se ha convertido en un foco permanente de problemas para el Gobierno y, en contrapartida, un caldo de cultivo para los enemigos de la República, que han visto, tanto en su desorganización como en los conflictos que está provocando, un argumento más a la hora de justificar las maniobras sediciosas contra el régimen republicano.

Precisamente, hace pocos días, la diputada por esa provincia, Margarita Nelken, ha expuesto en sesión de las Cortes que es partidaria de la aplicación de la Ley de Rescate de Bienes Comunes para que, con su aplicación, se remedie el paro forzoso ante el fracaso de la Ley de Intensificación de Cultivos. En contestación a un diputado que afirmó que la tierra de esa provincia es ingrata, ella le dijo que no se podía olvidar que hay una zona que es la más rica y feraz de España, pero que los grandes propietarios se niegan a sacar enseñanza de ello; se trata de la comarca de Tierra de Barros.

Rafael veía tan ensimismado en el tema al profesor que no se atrevía a interrumpirlo con las preguntas que le venían al pensamiento. Aprovechó que su amigo dio un sorbo al café para pre-

guntarle cómo el Gobierno podía dar soluciones a todos los conflictos existentes.

—Mira, en el tiempo transcurrido desde octubre de 1931, las autoridades provinciales se han caracterizado por vacilar entre la represión y la contemplación. No han tenido un criterio fijo. Eso ha motivado una pérdida constante de autoridad, dando motivo a que las tensiones se vayan acrecentando y a que las fuerzas de izquierda se reorganicen.

—Sí, pero de todo esto no estamos enterados los españoles. Los políticos no dicen nada y la prensa menos.

—Tienes razón. El artículo 34 de la Constitución republicana garantiza sin restricciones la libertad de prensa; pero, en contradicción con él, la Ley de la Defensa de la República, promulgada con anterioridad a la Constitución y, posteriormente, la Ley de Orden Público, de 28 de julio del pasado año 1933, concede amplias facultades a los gobernadores para suspender e imponer sanciones a los periódicos. El problema del paro obrero ha sido el primero que se está intentando resolver. Ha sido el punto principal de los programas electorales de todos los partidos políticos. Sin embargo, no terminan de tomarlo en serio. En el fondo está la inexistencia de un censo fiable. Algunas fuentes sitúan la tasa de paro en el campo de esa provincia entre un 24,3 y un 27 por ciento de la población activa. Resultado de este paro es el hambre de amplios sectores del campesinado que, desesperados, van a optar por la invasión de fincas, robos, destrozos y roturaciones arbitra-

rias. Como consecuencia, propietarios, jueces y alcaldes ya han solicitado reiteradamente protección al Ministro de la Gobernación. Sin embargo, los diversos métodos para atajarlos no van a dar resultado.

“Estructuralmente esta sociedad continúa teniendo por base a los grandes propietarios agrarios latifundistas, dueños de la mayor parte de las tierras de esa provincia. Esta concentración de la propiedad ha persistido, aprisionando la vida rural, donde continúan oprimidos miles de pequeños y medianos propietarios, junto a una ingente masa de obreros agrícolas sometida a una secular dialéctica de servidumbre económica y política de señor y siervo.

La sobremesa fue larga y tendida; y mientras tomaban otro aromático café dieron un repaso a aquellos acontecimientos familiares que les habían hecho coincidir y unirse en una entrañable amistad. Se despidieron con un abrazo y se comprometieron a reunirse junto con sus respectivas familias, antes de que Rafael partiera hacia su nuevo puesto de trabajo en Badajoz.